

Frente libertario

Madrid, 12 de noviembre de 1938

Editado por el Comité de Defensa Confederal, del Centro, Serrano, 111

NÚMERO 627

PUNTUALIZANDO

LA IGLESIA COMO ENTIDAD Y LA RELIGION COMO ASUNTO DE CONCIENCIA

Tácitamente vuelve a plantarse el problema religioso en la España antifascista. Y decimos tácitamente, porque aun cuando el Gobierno presidido por el doctor Negrín en uno de sus famosos trece puntos haya manifestado la firme decisión—que por otra parte es la de todo el pueblo antifascista—de asegurar la máxima libertad de conciencia dentro de nuestro país, no es menos cierto que no ha habido una traducción práctica de ese principio normativo en leyes positivas, o en invalidación de las leyes positivas que quedaron en desuso a consecuencias de la sublevación. Es la distinción entre la norma y la ley; porque si la ley contiene normas, es la expresión de una norma, no es menos cierto que la norma, en tanto no encuentra su expresión en una ley, carece de los elementos integrantes de la ley positiva.

De ahí que digamos que el problema religioso vuelve a plantearse tácitamente.

Y al hacerlo otros diarios, nos juzgamos también nosotros con derecho para tratar esta cuestión y manifestar nuestros particulares puntos de vista respecto de la misma.

Hablaremos serenamente, porque este problema, quizá más que ninguno, requiere serenidad. Pero manifestaremos también energía y claridad en nuestra actitud, porque el problema que no se aborda con decisión, claridad y energía, es problema que no se resuelve; y esto, aun que sea un or bien más o menos espinoso de lo que el problema religioso es.

Vaya por delante nuestra declaración de que no sólo somos partidarios de la más absoluta libertad de conciencia, sino que creemos también, firmemente, que es inútil pretender actuar en la intimidad espiritual de los hombres, valiéndose de los elementos coactivos externos que la ley pone en manos de los gobernantes, es el más descabellado de los absurdos. Utilizando la coacción, cuando de asuntos espirituales se trata, se logrará, cuando más el silencio o afirmaciones falsas, hechas de labios afuera, que sólo sirven, en última instancia, para reforzar las opiniones las creencias o las ideas

que espiritualmente se profesan. Cuando la coacción es violenta, la conciencia se agazapa, se esconde, pero subsiste más firme que nunca porque la persecución es la primera fuente de héroes y de mártires. Quien desconozca esta primera verdad, una de las piedras angulares del devenir histórico, es un loco que se empeña en derribar paredes a cabezazos.

En consecuencia, no sólo no somos partidarios de ninguna clase de persecución por las creencias que cada cual profese o deje de profesar, sino que estimamos que debe asegurarse a todo el mundo, absolutamente a todo el mundo, la más amplia libertad de conciencia, siempre y cuando esa libertad de conciencia, canalizándose hacia manifestaciones exteriores, no produzca choques o perturbaciones o creencias divergentes. Y esto, porque en el mismo momento en que la conciencia se exterioriza, en que el pensamiento o la creencia busca fórmulas externas, deja de ser conciencia íntima para convertirse en actuación externa.

Pero una cosa es la íntima conciencia de cada cual, que puede ser, más aun, que es en muchos casos conciencia religiosa y conciencia católica, y otra es la consideración de la Iglesia católica como entidad con propia personalidad jurídica, efectiva y aun legal.

Por lo que a la Iglesia respecta, los términos del problema son ya bien distintos. En la actualidad española la Iglesia, considerada como entidad, es beligerante; es beligerante en la misma medida que beligerantes son los requetés, los falangistas, los militares o los guardias civiles que se sublevaron en julio de 1936. Porque con ellos, junto con todos ellos, y en muchos casos instigándolos, se sublevó la Iglesia, como tal Iglesia, es decir, como tal entidad. Y con todos ellos la Iglesia intervino en la lucha de una manera activa, efectiva, con todo el carácter profundamente práctico y eficaz que la Iglesia sabe poner en las cosas de este mundo que le interesan de una manera inmediata y directa. Por esto lo que decimos antes en relación con la libertad de conciencia, y cada uno de los ciudadanos españoles, no podemos decirlo por lo que a la Iglesia hace referencia. Si la Iglesia se sublevó, si la Iglesia era, es y será beligerante, si la Iglesia ha intervenido, interviene y continuará interviniendo en la guerra,

es evidente que no se puede ni se debe pactar con ella; como no se puede ni se debe pactar con ninguno de los enemigos del proletariado español.

Esto es lo que todos debemos tener presente en todo momento. Es demasiado pronto todavía para que el pueblo español o llevando nuestra tolerancia a su último extremo, para que aquella parte del pueblo español que no profesa la religión católica haya olvidado que la Iglesia, por medio de sus ministros, bendecía y continúa bendiciendo las armas que nos combaten. Y no se nos venga con la monserga de que una cosa es la Iglesia y otra sus ministros, porque recordamos todavía haber visto fotografías en las cuales el Papa aparecía bendiciendo las escuadrillas que habían de venir a bombardearnos, y otras fotos en las cuales aparecían cardenales, obispos y arzobispos haciendo el saludo fascista como homenaje a los hombres que marchaban a luchar contra nosotros.

Visado por la censura

na, convertido en algo así como un arcángel pacificador... y antifascista. La sola posibilidad de pensar en semejante absurdo demuestra claramente la imposibilidad de que el Gobierno de la República guarde relaciones oficiales de ninguna clase con la Iglesia.

Por otra parte, y terminamos con esto, no podemos olvidar que no es la nuestra una guerra cualquiera, que no es una guerra más, sino una guerra revolucionaria; y que, por consiguiente, el servicio fiel al pueblo en guerra, trae consigo exigencias especiales, que solo cuidando la pureza de nuestras motivaciones espirituales sean enteramente servidas.

Libertad de conciencia, tan amplia como se quiera; resto para los individuos, cuanto más mejor; garantías de la libertad de creencias, cuantas se estimen convenientes. Pero ninguna relación con entidades que por su propia decisión se han colocado junto a los elementos integrantes del bando enemigo; ningún trato y ninguna tolerancia para quien se haya sublevado. Y la Iglesia, como entidad, se sublevó en julio de 1936 contra el pueblo español, y ha

venido atizando el odio y sosteniendo la voluntad de lucha de nuestros adversarios a lo largo de los veintiocho meses de guerra que padecemos.

Una cosa es que reclamando respecto para nuestra libertad de pensamiento, concedamos y aún pidamos libertad de pensamiento y de conciencia para todos, y a todos aseguremos el respeto a sus íntimas que demos trato de amigo, o cuanconvicciones, y otra bien distinta es, o menos, de indiferente, a entidades que han demostrado en todo momento ser enemigas declaradas del proletariado antifascista.

Del 9 largo

Leemos este sugestivo título de una conferencia: "Unidad de la juventud de Cataluña y de España en su lucha contra la invasión".

De Cataluña y "de España"...

"Por otra parte es necesario decir, para que lo comprendan los que aun no se han dado cuenta de ello, o los que lo disimulan" por conveniencia partidista" (el colmo!), que el Gobierno no prohíba la vida política de los soldados, siempre, claro está, que cumplan con sus deberes militares."

¡Claro que está claro!

Lo que el Gobierno prohíbe, y hace muy bien en prohibir, es que los deberes militares se entiendan en beneficio de determinados "deberes" políticos.

Y en esa prohibición están de acuerdo todas las personas que no están inculcadas de sectarismo intolerante.

Y además, no hacía falta esa advertencia.

Pues... nada. Que a estas alturas, no podemos señalar con exactitud dónde empieza o dónde acaba la juventud.

No cuesta ningún trabajo—suponemos—cuidar un poquito más las frases que se pretende pasen a la Historia con el calificativo de "lapidarias".

Hemos visto una frase de éstas, que dice: "Campaña del trapo".

¡Más cuidado, camaradas, más cuidado!

Un pueblo de inoportunidades heroicas

Toda la prensa antifascista española ha publicado en estos días amplias referencias de un artículo firmado por Buisson, vicesecretario de la C. G. T. francesa aparecido en "Le Peuple". Y de todo el artículo lo más destacable es una declaración que no por menos conocida de los trabajadores españoles deja de tener más importancia en boca —o en la pluma—, de una personalidad internacional. Es aquella en la cual se afirma de una manera rotunda que a Chamberlain la resistencia inesperada del pueblo español, que se levanta heroicamente para defender sus libertades le parece inoportuna. ¿Inoportuna? ¿De verdad que sólo le parece inoportuna? Creemos que el camarada Buisson se ha quedado francamente corto en el calificativo; pero, a pesar de todo, vamos a prescindir del parecer exacto que Chamberlain le merece la actitud inesperada y ejemplarmente heroica y gallarda del pueblo español para centrarnos en su "inoportunidad".

Efectivamente, a Chamberlain, y al mismo que a él a todos los aliados abiertos o encubiertos del fascismo le parece inoportuna, pero que muy inoportuna, la actitud del pueblo español. Hombres que se han acostumbrado a la mansedumbre de un Austria, a la resignación cobarde de una Checoslovaquia, tienen que considerar fuera de toda regla de urbanidad y de buena educación diplomática e internacional que existan pueblos que por su cuenta y riesgo, sin ocuparse para nada del parecer de los grandes señores de la City, ni de sus fieles servidores colocados por ellos al frente de los Gobiernos y de los destinos de la Europa occidental. Casi, casi, afirmarán más de una vez que semejantes actitudes son francamente intolerables. ¡Ahí es nada! Un pueblo que cree poder disponer libremente de sus destinos! Un pueblo que no consulta con los amos del oro para hacer su guerra e intentar su revolución!

Pero, claro es que el pueblo español, como todos los pueblos del mundo tiene sus características especiales. Si el francés es el pueblo del ahorro y aficionado a la vida muelle, si el alemán es el pueblo del tesón al servicio de no importa qué causa, si el inglés es el pueblo del comercio y de la navegación, si el norteamericano es el pueblo

del imperialismo económico, y si el italiano es el pueblo de los machetazos y de la ópera, el español, en cambio, es el pueblo de las inoportunidades. De las inoportunidades, sobre todo, cuando se trata de estropear alguna combinación estipulada a base del sacrificio de nuestros hombres, de nuestra economía, de nuestra libertad o de nuestra independencia.

Comprendemos que en el mundillo diplomático, ser inoportuno es una grave falta; pero nosotros, que sobre ser inoportunos somos también sumamente modestos, podemos, de ninguna manera, considerarnos a la altura de los pontífices y oficiantes de la diplomacia internacional. Y de ahí que seamos un engorro para la misma.

Pero también reconocerán todos que hay inoportunidades que son realmente heroicas; nadie duda de lo inoportuna que debió parecer a Roma la resistencia de Numancia, y a Cartago la de Sagunto; como inoportuno debió parecer a los árabes

el empeño de los españoles que allá en las tiniebras de la Edad Media se empeñaron en echarlos de nuestro suelo, cosa que consiguieron después de casi siete siglos de tenaz persistencia en la inoportunidad; y no hay necesidad de hablar de lo tremendamente inoportuno que debió parecerle a Napoleón el empeño de nuestro pueblo en no plegarse a sus deseos, y en presentarle batalla en cuantas ocasiones era posible. Por eso, si nuestro sino es el de la inoportunidad, no tendrán más remedio los graves señores de la diplomacia que tomarnos tal como somos, es decir, inoportunos, o dejarnos en paz, para que nosotros arreglemos nuestros asuntos a la medida de nuestro deseo. Que en fin de cuentas sería lo más útil, para ellos y para nosotros.

Después de esto sólo nos queda algún pequeño detalle que aclarar; y es la diversa significación que las inoportunidades tienen. Hay inoportunidades frías; las hay estúpidas; las hay también brutales; pero las hay, finalmente, heroicas. Y las inoportunidades del pueblo español son siempre de esta última clase. Nada tan abnegado, tan heroico, tan limpiamente lanzado al sacrificio y al dolor como las inoportunidades de nuestro pueblo.

Los trabajadores españoles, en estos momentos en que se está ventilando su destino, su libertad como individuos y su independencia como país, han entrado de lleno dentro de las inoportunidades heroicas. Que son, para Chamberlain y compañía, las más inoportunas de las inoportunidades.

Ventano al mundo

Como en la Edad Media, los judíos tienen que abandonar sus hogares en Alemania

Conforme nos vamos acercando a la fecha de la visita de los príncipes británicos a París, el problema europeo se agrava. Los tiranos de Berlín y Roma siguen hablando de paz en Europa y de convivencia, pero en Palestina aumenta la lucha, extendiéndose al norte de Transjordania, poniendo en evidencia el mandato inglés en Palestina, que es una cosa grave, y amenazando el petróleo de Irak, que es más grave aún. Los fascistas italogermanos explotan el movimiento nacionalista de los árabes frente a Inglaterra, acosada como nunca lo estuvo, sin que nada le valgan las humillaciones que viene sufriendo, sin que Chamberlain se dé por enterado. Quiere la paz a toda costa, aunque sea la paz deshonrosa de que habló Winston Churchill, al cual tuvo la insolencia de poner el veto el tirano alemán. Y aquí está la paradoja sangrienta: Inglaterra protege a los judíos en Palestina, pero calla ante los asaltos que los nazis están llevando a cabo en las ciudades alemanas, invadiendo comercios y almacenes ju-

Tres fechas

Decíamos en noviembre de 1936...

"La lucha contra el fascismo está tomando un giro hacia la densidad. Ahora, más que nunca, las circunstancias mandan. Y las circunstancias mandan que todos los trabajadores, los del hombro y músculo, como los de la pluma y cerebro, cesen del plano espectacular para ingresar en las filas de nuestras milicias."

Decíamos en noviembre de 1937...

"Pierden el tiempo lastimosamente quienes, alejados de los sinsabores de la gran tragedia que vivimos, en países lejanos escriben glosas elogiando al nacionalismo abstracto y absurdo, sin pensar que su lugar está en las avanzadas de las trincheras madrileñas, que es donde se consolida el amor a la patria y el amor a la libertad, que se viene pregando sin colaborar al sacrificio que representa aguantar codo con codo la avalancha mortífera que el fascismo lanza contra las libertades españolas."

Decimos en noviembre de 1938...

Que a los dos años de tragedia nacional, aun se esconden en la cobardía y en el disimulo muchos elementos que, si voluntariamente no han querido ofrecer su colaboración personal a la lucha contra el fascismo invasor, tampoco lo han hecho por la fuerza del mandato.

Decimos que en las horas de nuestra lucha, todas trágicas por ser lucha, aun campea la indiferencia y la negación en algunos seres, en muchos, que se valen de blanduras para hurtar a la causa su esfuerzo personal.

Y decimos, también, que no crean esos seres indiferentes, neutros del deber, que el pueblo olvidará en su día, al que en pleno disfrute de sus cualidades físicas y espirituales, escondió su cobardía o su descontento en una abstención, que quiere parecer neutralidad y no es sino una de las formas de la traición.

dios, pegando fuego a las sinagogas, en réplica al asesinato del secretario de Legación von Rath. Para Inglaterra la protección de los judíos en Palestina se llama petróleo, y la persecución tolerada de los judíos alemanes se llama insensibilidad y egoísmo, lo que abrirá los ojos de los hebreos de Palestina, carne de comercio de la City, muda ante la criminal persecución de que son objeto los judíos alemanes. Ahora mismo, cual si las vilezas perpetradas con aquellos fuesen pocas, en Munich, la ciudad donde Francia e Inglaterra se arrodillaron ante el tirano sangriento, ante la repugnante bestia parda, se ha obligado a todos los judíos a que entreguen las llaves de sus casas, dándoles el plazo de cuarenta y ocho horas para abandonar la ciudad.

Así, los ladrones de pueblos, con el consentimiento y la aprobación de las democracias, podridas hasta los tuétanos, podrán robar esas casas hebreas, sin que los pueblos de Europa se levanten como una sola conciencia, para protestar de esta infame manera de interpretar el derecho de gentes. Apaleamiento de hombres y mujeres; nuevo éxodo de miles de seres, sin hogar y sin patria, mientras en Londres los traficantes de la paz callan, porque no les interesa su paz, ni el decoro, ni la propia estimación, como también calla Ginebra, el tribunal de todas las protecciones verbalistas: protección al niño, protección a la salud, protección a las preñadas. Todas las protecciones se realizan desde Londres y París y desde la patria de Juan Jacobo Rousseau; pero ahí está la prueba incuestionable de esta protección, para ludibrio de estas democracias, sumisas ante los enemigos de la especie humana, silenciosas ante estos crímenes sin nom-

bre. En la próxima visita a París, Chamberlain y lord Halifax cubrirán la primera etapa de esta nueva fase de la pacificación y dignificación de Europa, según dice el "Sunday Dispatch", y luego, cuando el acuerdo de París y Londres sea un hecho, los gobernantes de Francia e Inglaterra ofrecerán sus buenos servicios a Mussolini, y para remate, en demostración de que la vergonzosa entrega de Munich fue una victoria para la paz, volverán a reunirse a los representantes de las dos grandes potencias occidentales con los jaques de Berlín y Roma, para asegurar un poco más la paz y la dignidad de Occidente, callando ante los crímenes de lesa humanidad que perpetran los tiranos del fascismo italogermano.

Así es como se pondrán otras nuevas suelas sangrientas a la paz de Europa: deshonrándose un poco más los políticos sin sensibilidad ni ética, sólo atentos a servir lo mejor posible a sus amos; las "doscientas familias" y las mil que simboliza la City. Y mientras tanto, el crimen político y el de lesa humanidad seguirá extendiéndose por el Continente, con el silencio de esas calamidades públicas que gobiernan en Inglaterra y Francia.



S. U. de las L. del P. y A. G. C. N. I.